

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
T. RAMÍREZ
DE ARELLANO

X

EL CALLEJERO CORDOBÉS, REFLEJO DE NUESTRA HISTORIA
**1 - MIRADAS TRANSVERSALES
SOBRE LA TOPONIMIA**

FRANCISCO SOLANO
MÁRQUEZ
COORDINADOR



2021

El callejero cordobés, reflejo de nuestra Historia



Coordinador
Francisco Solano Márquez

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

2021

Colección Teodomiro Ramírez de Arellano

El callejero cordobés,
reflejo de nuestra historia

1

Miradas transversales sobre la toponimia

Coordinador:
Francisco Solano Márquez



REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES
DE CÓRDOBA

2021

EL CALLEJERO CORDOBÉS, REFLEJO DE NUESTRA HISTORIA
Coordinador general: José Manuel Escobar Camacho

1 / MIRADAS TRANSVERSALES SOBRE LA TOPONIMIA
Coordinador: Francisco Solano Márquez

(Colección *Teodomiro Ramírez de Arellano X*)

Portada:

Rótulo elaborado por F. Román Morales inspirado en la tipografía de los azulejos antiguos del callejero cordobés.

© Real Academia de Córdoba

© Los Autores

ISBN: 978-84-124797-5-1

Dep. legal: CO 1445-2021

Impreso en Litopress. edicioneslitopress.com - Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

El callejero cordobés, reflejo de nuestra Historia

1. Miradas transversales sobre la toponimia



ANTONIO VARO PINEDA
Catedrático jubilado del IES Séneca de Córdoba

Hablar de Córdoba, de legados históricos y de nombres de personas, cosas y hechos relevantes es siempre un placer para un cordobés; hoy me toca a mí, pero lo hago con la modestia de quien tiene la convicción de que, ante un auditorio tan versado, apenas podré decir nada que no se sepa; espero, al menos, hacer pasar un rato entretenido a quienes me escuchan.

Siendo el título de esta intervención intencionadamente amplio, en estas líneas no se pretende, ni mucho menos, hacer un repaso exhaustivo y completo de los nombres de calles y plazas que dan fe del legado de romano, musulmán, judío y cristiano en nuestra ciudad, ya que hacerlo así apenas dejaría tiempo ni espacio para hacer algo distinto de un frío catálogo enumerativo o una simple estadística; el único objetivo de las palabras que siguen es exponer unas cuantas reflexiones y comentarios sobre el tema de la disertación.

Y sin más preámbulos, entremos en materia.

Séneca y Judá Leví

En junio de 2019, durante un viaje por Navarra, vi que una céntrica plaza de Tudela llevaba el nombre de Ha-Levi Yehuda; indagando un poco en el personaje, con la ayuda inestimable de mi hermano Francisco, profesor de Sagrada Escritura en la Universidad de Navarra y estudioso de la lengua y cultura hebreas, me confirmó que el epónimo de esa plaza no era otro que el mismo que, con el nombre de Judá Leví, da nombre a una plazoleta en la Judería de nuestra ciudad. En efecto, el polígrafo judío –filósofo, médico, poeta y exegeta bíblico– había nacido en la ciudad navarra, pero pasó en Córdoba y otras ciudades de Al-Andalus una parte importante de su vida. No era cordobés



Rótulos de las plazas dedicadas a Séneca y a Judá Leví, personajes vinculados respectivamente con los legados romano y judío. (Fotos A. Varo).

de nacimiento, pero sin duda forma parte de nuestra historia y de nuestra cultura.

A Judá Leví, o a Ha-Levi Yehuda, le pasa justamente lo contrario que a nuestro paisano Séneca, éste sí, cordobés de nacimiento... pero sólo de nacimiento. Y me viene a la memoria otra anécdota: hace ya casi dos años, al pasar junto a las columnas del Templo Romano de la calle Claudio Marcelo, noté que un grupo de jóvenes, hablando en italiano, mencionaban el nombre de Séneca. Resultaron ser estudiantes que pasaban su Erasmus en nuestra ciudad; me preguntaron por la situación de una calle y se lo dije, pero también les dije que Séneca era cordobés, nacido en la “Colonia Patricia Corduba”, y ellos mostraron su extrañeza: para esos chicos, Séneca era romano, y lo cierto es que en Roma pasó toda su vida, dado que salió de nuestra ciudad, para no volver, en su primera infancia. A Séneca le bastó nacer en Córdoba para llenar la ciudad con su nombre (plaza, colegio de primaria, instituto de secundaria, colegio mayor universitario, autoescuela, agencia de publicidad...), mientras que Judá Leví, que ni nació ni murió en nuestra ciudad, se vincula a ella a través del callejero porque sobre nuestro suelo produjo una parte importante de su obra. En este sentido, es más justificadamente *cordobés* que Séneca.

Sirvan las anécdotas que acabamos de anotar para hacer nuestra primera reflexión: hay personajes vinculados al tema de esta intervención que son epónimos de calles, en exclusiva, por su nacimiento en la ciudad, y otros por su presencia en ella; incluso, en algún caso, tienen sitio en el callejero personas que, sin haber estado posiblemente en Córdoba más que como turistas más o menos distinguidos, y a veces ni eso, han merecido esa inclusión por algún servicio prestado, incluso sin pretenderlo, a la ciudad o a su cultura: es el caso, por ejemplo, del

historiador inglés Arnold J. Toynbee, al que el Ayuntamiento presidido por Antonio Alarcón Constant concedió estar en el nomenclátor, y nada menos que en el casco histórico, por haber coordinado el libro *Ciudades de destino*, en el que se destina a la Córdoba califal un capítulo... del que Toynbee ni siquiera es autor. Dicho de otra forma: tener una calle en el listado oficial de la ciudad no determina ni mucho menos el *cordobesismo* de quien la ostenta, y ni siquiera le concede carta de ciudadanía simbólica¹.

Es necesaria otra consideración, aplicable no sólo al tema que nos ocupa sino al conjunto de los nombres que aparecen en las esquinas de calles y plazas. La obligación legal de rotular las vías públicas es relativamente reciente, y data sólo del siglo XIX; para ser exactos, hasta la Real Orden de 30 de noviembre de 1858, que estableció la obligación de dar un nombre a todas y cada una de las calles que componían una localidad y, dentro de ellas, numerar casa por casa los inmuebles que las componían². Hasta entonces, se nombraban las calles —en el uso diario, sin necesidad de rotulación— con referencias populares, devocionales, profesionales o meramente topográficas, salvo curiosas excepciones en que llevaban nombres de personas, pero casi nunca para recordarlas por hechos memorables, sino por acciones macabras o sangrientas; en efecto, el ingenio o el morbo del pueblo immortalizaron a personajes como Pero Mato, cuya historia o leyenda es en realidad, una apología de lo que la ideología dominante en nuestro tiempo llama “violencia de género”. La costumbre, pues, de utilizar antropónimos en el callejero tienen su origen hace algo más de siglo y medio; y esta rotulación, en parte no desdeñable de los casos, ha respondido a decisiones políticas que han generado las consecuencias que conocemos, en forma de baile de nombres, debates innecesarios e imposiciones a menudo sectarias que, pese a lo que pudiera parecer, no son de ahora ni mucho menos.

¹ Por supuesto, hay en el callejero nombres propios de personas que no tuvieron la más mínima vinculación personal ni cultural con Córdoba, y que en bastantes casos se recuerdan exclusivamente por razones de interés políticas. Es el caso, por ejemplo, de Salvador Allende. Por lo mismo, no habrá nunca en Córdoba, por ejemplo, una calle dedicada a Jan Pallach o a Alexander Dubček.

² Fuente del dato: <https://elblogdechano.com/2017/01/29/sobre-el-nombre-de-las-calles/>.

Es fácil deducir, pues, que la inmensa mayoría de las calles con nombres no vinculados a la política tienen una historia larga, unas veces aromática –calles de la Rosa o la Yerbabuena– y otras laboriosa: Tundidores, Zapatería Vieja, Calceteros, Espartería... Poquísimas calles de nuestra ciudad tienen nombres de corregidores o alcaldes anteriores al siglo XX, y es que en aquellos tiempos los nombres de las calles atendían más a la geografía urbana que a la historia... o al deseo de una cierta forma de inmortalidad en versión provinciana. Se aplicaba más bien la conocida proclama de Eugenio D'Ors: “¡Abajo la Historia! ¡Viva la Geografía!”.

Cuestiones previas

Antes de entrar a valorar la presencia de los legados que se mencionan en el título de esta intervención conviene hacer algunas aclaraciones. En ocasiones, hay nombres que aparentemente se vinculan con uno cualquiera de dichos legados, pero si acercamos la lupa de la curiosidad veremos que en realidad no es así. Por ejemplo, es fácil asociar a la Historia de la Iglesia Católica en Córdoba, y por tanto al legado cristiano, al Abad Sansón, que tiene su calle en El Brillante por su doble condición de eclesiástico de alta jerarquía y erudito destacado; en cambio, pensamos que otro abad, el Abad de Rute –de nombre Francisco Fernández de Córdoba (1565-1616)–, si es epónimo de una calle en el barrio del Naranjo no creemos que sea por su labor como clérigo, en la que no dejó poso notable, sino más bien, y no es poco, por su defensa de Góngora en las discusiones literarias que salpicaron con intensidad la recepción de la obra del inmortal poeta. Estrictamente hablando, pues, la existencia de una calle llamada “Abad de Rute” no debe adscribirse sin más al legado cristiano, si aplicamos a “cristiano” un sentido principalmente religioso.

Lo mismo ocurre con algunas, más bien bastantes, calles que llevan nombres de santos. En realidad, calles como Mayor de Santa Marina, Arroyo de San Lorenzo, Alta de Santa Ana, Ancha de la Magdalena, Torre de San Andrés o Portería de Santa Clara no se llaman así en honor de los santos citados, sino en referencia a collaciones, iglesias, conventos o ermitas de ese nombre. En realidad, parece claro que si una calle o plaza lleva el nombre del santo titular del templo en ella establecido, la denominación no obedece a una razón devocional, sino

más bien a una mera localización geográfica: no olvidemos que en las ciudades romanas las calles no tenían nombres y las casas y edificios se identificaban por su cercanía a lugares conocidos, de donde tal vez derive la hermosa costumbre italiana de *apellidar* las iglesias, como “San Giovanni *ante Portam Latinam*” o “San Carlo *alle quattro fontane*” en Roma y, ya en nuestra ciudad, donde San Nicolás *de la Villa* se diferencia del lamentablemente desaparecido templo de San Nicolás y San Eulogio *de la Ajerquía*.

Del mismo modo, tampoco parece que la calle llamada Roma aluda al pasado romano de Córdoba, y más estando donde está, en las alturas de El Brillante y rodeada de otras calles con topónimos como París, Londres, Alemania, México, Bruselas o Toledo.

Hechas estas aclaraciones, dejemos claros los puntos de partida:

1. El hecho de que una vía pública lleve un nombre asociado al legado romano, musulmán, judío o cristiano de nuestra ciudad no indica necesariamente una vinculación real, personal o institucional pero efectiva, con la Historia de Córdoba. Habría que medir caso por caso esa relación, en la que –por supuesto– es posible una amplia gama de grados, matices, intereses o incluso compadreaos políticos.

2. Hay nombres que, sin excesivos problemas, podrían formar parte de más de uno de estos legados. Por ejemplo, el obispo Osio fue una personalidad destacadísima de la Iglesia universal, pero también del mundo político de la Roma imperial de su tiempo.

3. El legado cristiano es, por razones obvias, y con diferencia, el más frecuente en los nombres de nuestras vías urbanas y lugares públicos. Para no superar los límites que nos hemos marcado, en la parte correspondiente nos limitaremos a comentar esta presencia exclusivamente a través de los nombres religiosos, y en especial de los vinculados de forma particular a nuestra ciudad. Sin embargo, aunque la palabra “musulmán” designa tan sólo una confesión religiosa, en su caso repasaremos también nombres no vinculados con ella³. Lo mismo haremos con las referencias a la cultura judía.

³ Si aplicáramos a la expresión “legado cristiano” el mismo sentido globalizador que hemos otorgado a “musulmán”, deberíamos citar, como parte de ese legado, nombres del callejero como Dolores Ibárruri o Cruz Conde, valgan los ejemplos, ya que ambos pertenecen al mismo periodo histórico-cultural que se inició en 1236 y en el que estamos aún (afortunadamente).

El legado romano



Algunas de las calles dedicadas a personajes y hechos representativos del legado romano: Claudio Marcelo, Junio Galión, los Pompeyos y la batalla de Munda. (Fotos A. Varo).

Digámoslo abiertamente y sin complejos: si Córdoba ha sido algo en la Historia, en algún momento, se debe a su condición originaria de Colonia Patricia y capital de la Bética Romana. Es una obviedad, pero hay demasiada gente en nuestra ciudad, incluso en el mundo de la alta cultura, a la que los resplandores de la Córdoba Califal no sólo le ocultan las sombras de la propia Córdoba Califal, que sin duda las hubo, sino –sobre todo– los sólidos cimientos en que ésta basaba su existencia. Es como si la belleza de las hojas de un árbol y la frondosidad de sus ramas nos hicieran pensar que no tiene raíces. Córdoba es romana ante todo y sobre todo, y cualquier cordobés culto puede y debe decir con orgullo lo que ya dijo San Pablo: “CIVES ROMANUS SUM”. Y después, que sea cada uno lo que quiera.

Sigamos con nuestro tema. Sólo cuatro meses después de la Real Orden que implantaba la rotulación de las calles, un escritor y político extremeño, hoy olvidado, escribió lo siguiente:

Una desgracia muy grande, cuyo recuerdo entristece todas las horas de mi vida, me tuvo encerrado, inmóvil y ocioso toda la primavera de 1859 en la casa que primero fue de Séneca y después de Ambrosio de Morales, hoy ocupada por la Administración de Co-

reos de Córdoba. La calle en la actualidad lleva el nombre del segundo de los ilustres propietarios de la casa; termina por una parte en la plazuela de Séneca, y uno de mis balcones caía a la calle de los Pompeyos, paralela a su vez a la de Munda. ¿Puede haber posición más literaria?⁴.

El autor, Vicente Barrantes (1829-1898), repara de inmediato en que los nombres de las calles donde tiene que pasar su convalecencia⁵ le recuerdan el pasado romano de Córdoba con un filósofo, un político y una batalla. Posiblemente esas calles llevaran muy poco tiempo con los nombres que menciona, y él se siente a gusto de tener muy cerca tales referencias.

No son tantas como nos gustaría, pero sí de gran relevancia, las veces en que aparecen en nuestro callejero nombres que nos recuerdan en Córdoba la historia de Roma. Por dar un rápido repaso, comenzaremos diciendo que al inevitable Séneca se une su sobrino Lucano; ambos aportan al callejero no sólo sus nombres propios, sino los títulos de dos de sus obras: la tragedia *Medea* en el caso del primero (que en realidad fue una traducción adaptada de la obra homónima de Eurípides) y el poema épico *La Farsalia* en el del segundo⁶. No se ha olvidado nuestra ciudad de las esposas de ambos, Pompeya Paulina la del filósofo y Pola Argentaria⁷ la del poeta; esta última, por cierto, era también poeta y fue fiel a su marido hasta el punto de intentar suicidarse junto a él, de lo que fue salvada en el último momento. La familia de Séneca aporta otros nombres: el genérico de Familia Annea (en la Fuensanta), el de la madre del filósofo, Helvia Albina (en El Tablero) y, muy cerca de la plaza que lleva el nombre del preceptor de Nerón, un encantador e íntimo pasaje se ilustra con el nombre de su hermano Junio Galión, que salvó a San Pablo de los judíos

⁴ Vicente Barrantes: *El veinticuatro de Córdoba*. Imprenta y librería de Don Rafael Arroyo, calle Ambrosio de Morales núm. 8, Córdoba, 1859.

⁵ Había sufrido la fractura de una pierna en un *accidente de tráfico*, al caer la diligencia en la que viajaba a la altura de Santa Elena, en Despeñaperros.

⁶ Podemos afirmar en este punto la escasísima presencia de títulos o personajes literarios en nuestro callejero. Hace unos años, por ejemplo, desapareció del mismo el nombre de Polifemo, que ostentó durante décadas una calle en la Huerta de la Reina.

⁷ En latín, el nombre correcto es Polla Argentaria, con dos eles. Quizá la homonimia con una de las formas vulgares de designar el pene haya movido a los responsables municipales a esta pequeña modificación.

de Corinto, en un suceso narrado en los *Hechos de los Apóstoles* que, tal vez, dio origen a la correspondencia, sin duda alguna apócrifa, entre nuestro paisano y el Apóstol de los Gentiles de la que habla San Jerónimo.

La historia de la presencia romana en Córdoba deja testimonios de los orígenes, con el nombre de Claudio Marcelo como fundador de la Colonia Patricia; otros nombres son anteriores, como Lucio Marco, que participó en la Segunda Guerra Púnica, o Cecilio Metelo, gobernador en el siglo I antes de nuestra era. No falta Julio César, que arrasó la ciudad como castigo por su apoyo a Pompeyo. Lo que no sabemos es si el bilbilitano Cayo Valerio Marcial da nombre a una calle en el Campo de la Verdad por el conjunto de su valiosa obra o sólo haber escrito un poema al plátano de sombra que César plantó en nuestra ciudad para conmemorar su victoria sobre el rival —y que se recuerda en un rincón de los jardines del Alcázar de los Reyes Cristianos— y dos poemas más, como mínimo, a la viuda de Lucano tras la trágica muerte de su esposo.

Otros nombres nos hablan de lugares de la antigua Colonia Patricia. Es el caso de la calle y la puerta de Osario, que se abría, como en todas las ciudades romanas, a la avenida en la que se emplazaban los enterramientos, siempre fuera del perímetro amurallado; un origen similar debe de tener el nombre de la calle Osario Romano, en el Campo de la Verdad. Y otros más son nombres genéricos, como Segunda Romana, nombre de la parte situada al sur del río, o Vía Augusta, que recuerda la calzada más larga de Hispania y que iba desde los Pirineos hasta Cádiz y pasaba, entre otras muchas ciudades, por la nuestra.

Dos vías urbanas llevan el nombre de “Pretorio”, que designaba la residencia del pretor o gobernador de una provincia; se trata de la calle Vereda del Pretorio, en las alturas de El Brillante, y de los Llanos del Pretorio, pero este nombre no se debe a su proximidad con los más o menos presuntos restos de dicho edificio; al menos en el caso de esta última, es más que discutible su adscripción al legado romano, ya que se debe a la ermita que se construyó en la segunda mitad del siglo XIX para albergar un cuadro de Cristo *en el Pretorio* procedente de una capilla demolida al construirse la primera infraestructura ferroviaria de la ciudad. También es dudoso, aunque no imposible, que la calle de La Pierna proceda de este origen: al ser una calle impregnada por la le-

yenda, son varias las versiones que tratan de explicar el nombre de este recoleto enclave del centro de Córdoba, y una de ellas, pero sólo una, nos habla de un fragmento de bajorrelieve romano que representaba precisamente una pierna.

Si hay que mencionar ausencias del legado romano en la rotulación de calles cordobesas, echamos en falta, por lo menos, el nombre de Octavio Augusto, el primer emperador, que reconstruyó la ciudad y dejó en ella la parte nuclear de la Córdoba romana que hoy conocemos. Y más cerca en el espacio y en el tiempo, aunque se discute si el llamado “Palacio del emperador Maximiano Hercúleo”, hallado en el yacimiento de Cercadilla, fue en efecto residencia de este dignatario tardoimperial, no habría estado mal que se diera su nombre a una calle o avenida de la zona, y no sólo a un hotel allí situado. Sorprende, en efecto, que una ciudad romana como Córdoba no haya dado sitio en su callejero a ningún emperador de Roma⁸.

El legado musulmán



Calles representativas del legado musulmán, dedicadas a Abderramán III, Albucasis, Almanzor y la Princesa Walada. (Fotos A. Varo).

⁸ Alguna vez se ha lanzado la hipótesis de que Trajano nació en Córdoba.

Entramos en un terreno de mayor densidad. En términos estrictamente cronológicos, los musulmanes⁹ gobernaron Córdoba un siglo largo menos que los romanos, pero su huella en la ciudad es, sin duda, mucho más conocida, recordada y, sobre todo, elogiada. Son, pues, muchos los vestigios de su presencia en el vocabulario y, naturalmente, en el callejero.

Empecemos precisamente por el vocabulario, por los nombres comunes. Recordemos que durante la mayor parte de la ocupación musulmana las clases dominantes que hablaban árabe eran, en términos demográficos, minoritarias en comparación con la masa del pueblo gobernado, compuesto en su mayor parte de cristianos mozárabes, descendientes de los visigodos, que generalmente no tenían acceso a la corte y desconocían la lengua del Corán. Esto, unido a la radical diferencia de estructuras que separa las dos lenguas –una indoeuropea y otra semítica– explica, por ejemplo, la casi nula repercusión de la lengua árabe en la sintaxis, la fonética o la morfología del castellano. Y es que la presencia del árabe sólo dejó amplio y rico repertorio en el ámbito léxico, con la importación a nuestro vocabulario de varios cientos de nombres comunes¹⁰ que afectan a distintos aspectos de la naturaleza y de las actividades humanas.

Varios de esos nombres, en su inmensa mayoría del ámbito de la botánica, tienen presencia en nuestro callejero, donde es posible encontrar calles o plazas con nombres como Albaida, Albahaca, El Algarrobo, Alhelí, Aligustre, El Almendro, Los Arrayanes, El Azahar, Los Azahares o Jazmín. Curiosamente, todos estos lugares se hallan en

⁹ Lo que unía a los invasores que llegaron del sur en 711 –y a las sucesivas oleadas venidas del norte de África– fue en exclusiva la religión musulmana, ya que muchos de ellos no eran, estrictamente hablando, de procedencia árabe, sino magrebí. Recordemos que la palabra “musulmán” designa al seguidor de la fe del Islam, “árabe” a una lengua y una cultura originaria de la Península Arábiga, anteriores a Mahoma, y “moro” a los habitantes de lo que hoy conocemos como el Magreb. De todo hubo en Córdoba entre 711 y 1236, pero siempre con el denominador común de la religión emanada de Mahoma. Véase <https://www.fundeu.es/consulta/arabe-moro-musulman-e-islamista-759/>.

¹⁰ “Según documenta Cano Aguilar, los arabismos del español suponen aproximadamente el 8% del vocabulario total y se calcula que son unas 400 palabras, incluyendo términos poco usados. Los arabismos son abundantes en el vocabulario español como ya se ha mencionado, y abarcan casi todos los campos de la vida humana”. (Ikram Khayat, *Algunos aspectos de la influencia árabe en la lengua española*, trabajo fin de grado. Universidad Autónoma de Barcelona, 2016).

zonas más o menos recientes de la ciudad (El Brillante, El Naranjo, Huerta de San Rafael, Poniente, etc.) y ninguna de ellas se encuentra en el casco histórico. Aunque pueda parecer lo contrario, no es de origen árabe el nombre de la calle que llamamos “Abéjar”, que en realidad debería ser “Abejar” (palabra aguda), cuyo significado hay que vincular a la apicultura o a la botánica¹¹.

Menos numerosos pero muy relevantes son los arabismos aplicados a otros ámbitos; sirvan de ejemplo la actividad comercial, con nombres como Almonas¹² (‘tiendas’), Alhóndiga o Alhondiguilla (‘mercado del trigo’); la agricultura, con las Almunias (‘huerto’¹³), el Aljibejo (‘fosa pequeña llena de agua’) o incluso la Albolafia, aunque, al parecer, esta palabra deriva de un nombre propio¹⁴; o la vida política, con la plaza y vereda de la Alcaldía (‘dignidad del alcaide’).

Los campos de la historia y la cultura son, con diferencia, los que más testimonios de la presencia árabe y musulmana han dejado en nuestro callejero. Por ejemplo, cinco de nuestras calles llevan nombres de emires o califas (Abderramán I, Abderramán III, Alhakén II, Al-Násir e Hixen I); bien seleccionados, estos nombres representan los picos de esplendor de la Córdoba musulmana (un esplendor del que no debemos olvidar que, en términos cronológicos, duró menos de un siglo); a ellos hay que añadir los nombres de Almanzor, valido y dictador –llamemos a las cosas por su nombre–, de la dinastía global de Los Omeyas y sendos recuerdos para el rey sevillano Al-Mutamid y

¹¹ En su primera acepción significa ‘colmenar, lugar de concentración de colmenas’, y en la segunda designa la uva *abejar*, variedad del fruto de la vid, “de grano más grueso, menos jugoso y con hollejo más duro que la albilla, que apetecen con preferencia las abejas y avispas” (DRAE).

¹² Aunque esta denominación desapareció hace mucho tiempo del callejero oficial, en el uso popular –por fortuna– continúa viva, al igual que ocurre en muchas calles del casco histórico.

¹³ Sin embargo, la palabra árabe que constituye su étimo, “munyah”, significa ‘deseo’. Quizá sea aventurado asociar aquí, como se ha hecho tantas veces en poesía, el huerto o el jardín al recinto de la intimidad erótica.

¹⁴ “‘Albolafia’ es metátesis de un nombre propio o de persona que en lengua árabe es Abul-Afia, cuya traducción es algo así como ‘el padre de la felicidad’. En el terreno de las hipótesis podríamos suponer que así se llamó bien el maestro de obras constructoras del molino que soportaba la rueda de noria, o algún molinero famoso que allí trabajó o fue propietario del mismo”. (Félix Hernández, “Restauración del molino de la Albolafia”, en *Al-Mulk. Anuario de estudios arabistas*, núm. 2, 1962).

otro válido llamado Sanchuelo. A diferencia de la época romana, ningún nombre importante ha sido omitido.

En el terreno militar, si de la presencia romana tenemos sólo el nombre de la batalla de Munda, dan nombre a calles de nuestra ciudad tres combates de la Reconquista, que curiosamente se saldaron con otras tantas derrotas de los musulmanes: se trata –por orden cronológico– de Calatañazor, las Navas de Tolosa y el Salado. Claro que esos nombres se pusieron ya en época cristiana, y para ser exactos en el último siglo.

Más representada en número de placas en las esquinas, y con razón, se halla la importante aportación de la etapa de dominio musulmán al mundo de la cultura, el arte y la ciencia. Entre estos nombres los más numerosos son los de poetas, que alcanzan el número de ocho, unos eminentes y otros menos conocidos: Abén Hazan, Abén Cuzmán, Aixa, Lubna, Ibn Zaydun, Rumí y Walada están presentes en el listado, en el que figura un nombre, Muhammad Iqbal, que cualquier cordobés no especialista en estudios árabes, es decir, la inmensa mayoría, podría asociar a nuestra historia, pero que en realidad corresponde al poeta nacional de Pakistán, nacido en 1877 y muerto en 1938, que como pueden suponer forma parte sin duda de la cultura árabe pero en modo alguno del legado musulmán en nuestra ciudad.

También es posible ver nombres de músicos como Ziryab, médicos como Albucasis, filósofos de amplio espectro como Averroes, otros de ámbito más reducido como Algazel –que, por cierto, ni era cordobés ni estuvo jamás en Córdoba– o de término medio, como Abén Mazarra. Desde hace unos años da nombre a una glorieta y a un puente un científico cordobés llamado Abbás Ibn Firnas que, al parecer, fue un predecesor de la aeronáutica en tiempos del emirato. Un caso especial, para cerrar este apartado, es el de Almacari, un historiador argelino que tampoco era cordobés y que vivió casi cuatro siglos después del fin de la dominación musulmana, ya que su vida cabalgó entre los siglos XVI y XVII; quizá su presencia se deba a que escribió un libro en el que recogió los primeros datos que se conocen sobre la literatura producida en Al-Ándalus durante el dominio islámico.

Tal vez sea un homenaje indirecto a la ciencia astronómica musulmana la dedicación de una calle a la Estrella Altair (o Águila); no creemos que obedezca a la misma intención, en cambio, haber llamado “glorieta de la Media Luna” a la situada en la parte superior de

Vallellano, ante el hotel hoy llamado Eurostars Palace, y ni siquiera pensamos que sea una evocación del Islam por su símbolo más conocido: a nosotros nos parece que se debe, más bien, a la forma del espacio que antaño se extendía en la zona, en el límite sur de los jardines de la Victoria.

Además de antropónimos, dejan constancia de la huella musulmana en Córdoba varios topónimos, aunque algunos de ellos, por no decir todos, a toro muy pasado o de forma muy indirecta. Es evidente, por ejemplo, que no tendríamos una calle llamada Cairuán sin esa impronta; al igual que la pakistaní Lahore y la uzbeka Buckara, que también está en nuestro nomenclátor. La tunecina Cairuán recibió su nombre en 1968 con motivo del hermanamiento de ambas ciudades. En cambio, la presencia de nombres como Marruecos en una calle y Libia y El Cairo en sendas avenidas, sin dejar de ser un guiño a lo que en tiempos del franquismo se llamó “nuestra tradicional amistad con los países árabes”, tampoco es otra cosa que el recurso fácil de dar a calles y plazas nombres de ciudades y países ya sean extranjeros, como ocurre con Roma, París, Bruselas, Londres o Alemania, españoles (Málaga, Sevilla, Murcia, Toledo, Pontevedra) o de ciudades y pueblos andaluces y cordobeses, como los que llenan el Sector Sur sin que tengamos que poner ejemplos precisos.

El legado musulmán se completa con nombres que designan pueblos y colectivos de nuestra historia: tienen sabor añejo nombres como Morería, Moriscos o Marroquíes, otras nos llevan de la mano a los libros de historia, como Almorávides y Almohades, si bien estos últimos corresponden a las fases más oscuras de la dominación del Islam en nuestra ciudad. Y no se olvida el callejero de los Mozárabes, los cristianos que vivían bajo el dominio islámico, unas veces con cierta tolerancia, otras con represión y siempre como ciudadanos de segunda categoría, aunque algunos de ellos, muy pocos, llegaron a ostentar puestos de relevancia en la Córdoba califal.

El repertorio del nomenclátor de inspiración musulmana se completa con un surtido de palabras de distinto contenido y campo semántico, como Alamiriya, Arrabal, Arruzafa, Islam o Miralbaida, entre otras.

A propósito de los nombres que acabamos de mencionar, quizá sea el momento de solicitar del inevitable Quien Corresponda que se uni



Cuatro de las calles y plazas que evocan la huella judía en el casco histórico de Córdoba: Maimónides, Tiberiades, Judíos y Elie J. Nahmias. (Fotos A. Varo).

fiquen de una vez por todas, en las placas e indicadores con esos nombres, los criterios de transcripción del árabe al español¹⁵.

El legado judío

La presencia judía en Córdoba, y en cualquier ciudad o territorio de Occidente, tiene un carácter diferenciado de la presencia romana, musulmana o cristiana. En efecto, los romanos eran imperialistas, los musulmanes expansionistas y los cristianos proselitistas¹⁶. La presencia de los judíos, en cambio, no se debe a ninguna intervención militar ni a un deseo por su parte de implantar (y mucho menos de extender) su religión o su modo de vida. Llegaron de forma pacífica y gradual –nunca hubo *ejércitos* judíos que nos trajeran a los seguidores de la Torá– y salieron de forma traumática y rápida. Entre estos dos momentos, separados entre sí por muchos siglos, vivieron en Occidente,

¹⁵ Por ejemplo, un nombre tan frecuente como Medina Azahara aparece transcrito hasta de cuatro formas diferentes en los indicadores.

¹⁶ Estas ideas, y otras muchas sumamente enjundiosas, se explicitan y desarrollan en el apasionante libro *Biblia, Corán, Tanaj. Tres lecturas sobre un mismo Dios*, de Roberto Blatt. Ed. Turner, Madrid, 2016.

en Córdoba en nuestro caso, bajo la dominación que en cada momento correspondiera.

Tengo la impresión de que la presencia judía en Córdoba no ha dejado en el callejero un número de huellas en proporción a su importancia cultural. Quizá tuvieran algo que ver en este hecho tanto la triste forma en que hubieron de salir y el indudable, aunque a veces inconsciente, antisemitismo atávico que ha circulado por los genes de gran parte de la sociedad... hasta nuestros días. De hecho, hay un lugar muy popular de nuestra ciudad que recuerda este antisemitismo, y hasta lo solemniza: estamos hablando de la Cruz del Rastro que, como saben quienes conocen la historia y las leyendas de la ciudad, evoca un episodio de violencia antijudía –un *pogrom*, se diría en otros lugares– ocurrido en la Córdoba bajomedieval.

Junto a nombres genéricos como Judería o Judíos, cinco antropónimos vinculados al legado judío figuran en nuestras calles. Y curiosamente sólo uno –aunque el principal de ellos– nació en Córdoba; estamos hablando de Maimónides, un polígrafo en toda la extensión de la palabra. Los demás son la alquimista alejandrina María la Judía, un personaje probablemente más mítico que real, el médico y diplomático jiennense Hasday ibn Shaprut (915-975), el poeta y exégeta tudelano Judá Leví, ya mencionado al comienzo de este trabajo, y el empresario salonicense contemporáneo Elie J. Nahmias¹⁷, que pudo haber sido, por sí o por su familia, un importante mecenas de la cultura cordobesa pero que, al final, fue sólo el rico comprador de la hoy llamada “Casa del Judío”.

El legado cristiano

Entramos en la zona más amplia y, en cierto modo, enmarañada de este trabajo. Ya hemos dicho que, si se incluye bajo el rótulo de “legado musulmán” todo lo referente a lo que dejó en Córdoba el dominio mahometano en la Edad Media, y no sólo lo religioso, lo procedente sería considerar “legado cristiano” todo lo historiable ocurrido en nuestra ciudad desde 1236 incluyendo, por ejemplo, nombres de personas y

¹⁷ Sobre este personaje y su vinculación con Córdoba, véase el artículo de Rosa Luque “Historia de una decepción”, <https://www.diariocordoba.com/opinion/2014/01/30/historia-decepcion-37292382.html>.

acontecimientos políticos que no recordamos de forma principal por su condición de cristianos. En este sentido, sería tan lógico incluir en el legado *cristiano* de Córdoba a Luis de Góngora o al Conde de Gondomar como insertar en el legado *musulmán* los nombres de Ibn Firas o Muhammad Iqbal. Queda claro, una vez más, lo escurridizo de los términos simplificadores que dan nombre a esta intervención.

Obviamente nos vamos a limitar, no obstante lo anterior, a los nombres del callejero que tienen un origen abiertamente confesional cristiano. Y en un ámbito tan denso hay que empezar desbrozando el terreno.

Collaciones

En primer lugar, es fácil comprobar que la difusión de nombres cristianos en Córdoba tuvo su origen y sus focos principales en las iglesias y conventos que se fueron construyendo o recuperando tras la llegada de San Fernando. “San Lorenzo”, por ejemplo, no sólo era el nombre de una iglesia parroquial, sino de una “collación”¹⁸, es decir, del barrio de la demarcación correspondiente a la feligresía. Las calles principales de la collación se nombraban por su vinculación o proximidad al templo epónimo, lo que significa como indicamos al principio, que su presencia en el callejero no corresponde en modo alguno a motivaciones devocionales o religiosas, sino exclusivamente geográficas. Es lo que ocurre, por ejemplo, con los “Arroyos” de San Rafael, San Andrés o San Lorenzo, y por supuesto con las plazas de San Pedro, o San Nicolás, la “Portería” de Santa Clara, la “Torre” de San Andrés o las calles de San Pablo, Santa Marta o la “Mayor” de Santa Marina.

La adjudicación de los nombres de unos u otros titulares obedeció a causas diversas, en su mayor parte no relacionados con la tradición religiosa de Córdoba, sino con circunstancias precisas de su regreso a la Cristiandad: por ejemplo, una larga tradición asegura, con cierto fundamento, que San Pedro se llama así no sólo porque era, al parecer,

¹⁸ Una collación no era sólo, recordémoslo, un “distrito religioso”, sino también una entidad jurídica: “Quien se mudare de una collación a otra no haya la caballería ni la alcaldía hasta que tenga la vecindad en aquella collación por tres años, y no eche suerte en el juzgado hasta que tenga la vecindad por cinco años en aquella collación”, dice el *Fuero de Molina de Aragón*, de 1112, según recoge el *Diccionario Panhispánico del español jurídico* (cita recogida en <https://dpej.rae.es/lema/collación>).

la iglesia principal de la ciudad, sino porque Fernando III entró en ella el 29 de junio, solemnidad de San Pedro y San Pablo. A su vez, la devoción a Santa Marina de Aguas Santas, mártir gallega de Limia (Orense) que da nombre a varias parroquias de nuestra provincia, pudo ser traída por soldados del norte de la Península que participaron en la conquista. Son sólo dos ejemplos.

Entre las calles y plazas que deben su nombre a iglesias, ermitas o cenobios emplazados en sus proximidades, unos cuantos evocan templos desaparecidos. Algunos nombres de calles, cuya conservación en el callejero hay que pedir al actual y a los sucesivos ayuntamientos que respeten y mantengan a toda costa, evocan recintos que el tiempo se llevó. Bueno, más que el tiempo, la nefasta, sectaria e inútil Desamortización de Mendizábal, un político *progresista* en su tiempo que cometió el mayor atentado al patrimonio histórico y artístico de España hasta la República primero, la Guerra Civil después y, finalmente, sí, el Concilio Vaticano II y sus *secuelas*. “Lugares que el tiempo se llevó” son —entre otros— los de conventos desaparecidos como Regina, Santa Inés, la Encarnación Agustina, Nuestra Señora de la Victoria, los Mártires de la Ribera y, más recientemente, Santa Isabel. Esperemos que no se sume pronto a esta triste relación ningún convento de clausura más.

Santoral

Son muchas, varias decenas, las calles y plazas de nuestra ciudad que llevan nombres de santos y no necesariamente en razón de su condición de titulares de una iglesia o cenobio. Empecemos el recuento analizando la presencia de santos cordobeses, nacidos o muertos en nuestra ciudad, que se conjuga con ausencias significativas y casos realmente curiosos.

Entre los presentes destacan, y es natural, los nombres de mártires de Córdoba: de la época romana están, naturalmente, San Acisclo, Santa Victoria y San Zoilo; pero de los nombres de Fausto, Enero y Marcial¹⁹, sólo consta el segundo de ellos, y hay un caso muy curioso,

¹⁹ Son los “Tres Santos” que, según la tradición, daban este nombre a la hoy basílica de San Pedro antes de la invasión musulmana y cuyos nombres están inscritos en la piedra que sellaba el sepulcro de los Santos Mártires cuyas reliquias se veneran hoy en dicho templo.



Cuatro de los muchos topónimos relacionados con el legado cristiano, en este caso referidos al santoral: Arroyo de San Lorenzo, Santa Victoria, San Eulogio y San Rafael. (Fotos A. Varo).

que es el de la calle San Fausto de la Florida, del que no sabemos si su nombre corresponde o no a *nuestro* mártir.

De los mártires de la época musulmana hay algunos nombres, como los de los santos Eulogio, Adolfo, Perfecto, Colomba o Flora y María, pero faltan unos cuantos, como Argimiro, Rodrigo, Émila, Jeremías, Walabonso, Félix o Sabigoto. También los Mártires, en su conjunto, dan nombre al Campo Santo donde según la tradición sufrieron el martirio bajo el dominio musulmán y a la parte de la Ribera aledaña al monasterio allí situado, un monumento desaparecido hace mucho tiempo, olvidado por muchos y desconocido por muchos más.

Junto a los mártires hay que citar obligatoriamente a los otros puntales de la tradición devocional de Córdoba, como San Rafael, que da nombre a una calle en la Electromecánicas, a una plaza ante su iglesia del Juramento, a un puente sobre el Guadalquivir y a toda una barriada, la de San Rafael de la Albaida; también, de forma elíptica, al estado municipal Nuevo Arcángel, donde tantos cordobeses van a sufrir cada dos semanas. En menor medida figura la Virgen de la Fuensanta, epónima de un barrio y una avenida en las inmediaciones de su santuario.

En algunos barrios, los nombres de santos se concentran, y aun cuando no lo hacen, dejan una pista sobre el tiempo en que se rotula-

ron. Es lo que ocurre, por ejemplo, con la cantidad de calles con nombres de santos dominicos (San Martín de Porres, San Vicente Ferrer, Santa Rosa de Lima, Santo Domingo de Guzmán, Beato Henares...²⁰) que dieron nombre a sus respectivas calles o plazas, construidas durante el mandato y a iniciativa de Fray Albino, que era, por cierto, fraile dominico. También lo era Santo Tomás de Aquino, pero su calle fue rotulada en los años setenta, mucho después de la muerte de este prelado, y además es, junto a la plaza de Marcelino Champagnat, el único topónimo de Córdoba con el nombre de santos que se han visto despojados, en las placas, de su condición de tales, porque los rótulos dicen escuetamente “Tomás de Aquino” y “Marcelino Champagnat”.

El santoral presente en el callejero recoge tanto a santos que, en vida, tuvieron alguna vinculación con Córdoba (San Francisco Solano, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, la Madre Mogas...) y otros que simplemente fundaron o estuvieron vinculados a congregaciones religiosas presentes en la ciudad, como San Juan Bosco, Santo Domingo Savio, Santa Emilia de Rodat, San Francisco de Sales, San José de Calasanz o San Juan Bautista de la Salle.

Eclesiásticos

Hay más nombres de santos en nuestro callejero que merecerían un comentario, pero para no prolongar de forma excesiva este trabajo vamos a pasar a otro ámbito, el de los nombres de personas vinculadas con la Iglesia Católica. Abades, deanes teólogos y canónigos varios han dejado su huella en el nomenclátor, a veces de forma genérica, como en la calle Deanes, y otras a título personal, como el Deán Francisco Xavier. Junto a personajes eclesiásticos más o menos ilustres por su labor apostólica o cultural (Fray Luis de Granada, Fray Diego de Cádiz, Venerable Juan de Santiago, Núñez Delgadillo, Manuel María de Arjona, etc.), queremos destacar la presencia de otros que, sin trascender a la condición de figuras conocidas fuera de Córdoba, dejaron aquí su impronta entre el pueblo sencillo, y así se llenan de emoción la boca y el alma al evocar a personajes como el Hermano Bonifacio, Don Antonio Gómez Aguilar, Sor Pilar, el Párroco Agustín Molina, el

²⁰ Fue canonizado el 19 de junio de 1988, pero la calle se sigue conociendo como “Beato Henares”.

Trinitario Padre Fuentes, el dominico Fray Rafael María Cantueso y, muy recientemente, el capuchino Fray Ricardo de Córdoba. Seguramente ninguno de ellos será canonizado por la Iglesia, pero todos ellos dejaron honda huella en la ciudad.

Papas y obispos



Más calles del legado cristiano, dedicadas a Horno del Cristo, la advocación mariana Virgen de las Angustias y dos jerarquías eclesiásticas, el Cardenal Salazar y el obispo Fray Albino. (Fotos A. Varo).

Si nos vamos a las alturas institucionales, el primer Papa que entró en nuestro callejero fue Pío XII, del que no es casual que dé nombre a una arteria principal del Campo de la Verdad, y del que es sorprendente que no haya sido eliminado por los paladines de la llamada “Memoria Histórica”; luego han entrado Juan XXIII y Juan Pablo II. En cuanto a los obispos, da que pensar que sólo un titular de la silla de Osio en el siglo XX, el ya citado Fray Albino, esté con todos los honores en este repertorio. Su predecesor, Adolfo Pérez Muñoz, que dio nombre durante décadas a la avenida de las Ollerías, perdió tal condición en el primer mandato de Julio Anguita, en una particular aplicación *avant la lettre* de la muy posterior y ya citada Ley de la Memoria Histórica; también hubo una plaza del Obispo Fernández-Conde que igualmente

desapareció del callejero²¹. Hay otros obispos de siglos anteriores, sin duda, como por ejemplo Fitero, Rojas Sandoval, Caballero Góngora, Cardenal Salazar, Cardenal Portocarrero o Cardenal González²². No faltan, asimismo, cordobeses que ocuparon sillas episcopales en diócesis distintas de la nuestra, como Ascagorta o López Criado.

Cofradías

Dejamos intencionadamente para el final la reflexión sobre una parte del callejero de referencia cristiana que ha crecido de forma exponencial en los últimos años: se trata de la presencia de nombres de imágenes y devociones titulares de cofradías.

Hasta el cambio de siglo sólo tres avenidas tenían los nombres de sendas imágenes de la Semana Santa, para ser exactos las de más extendida devoción por la ciudad: Virgen de los Dolores, Virgen de las Angustias y Jesús Rescatado. Curiosamente, sólo esta última se halla situada cerca de su epónimo, ya que las otras dos, rotuladas en los años setenta, están muy retiradas de las sedes canónicas de sus cofradías. También es de hace tiempo el llamado Pasaje Cristo del Amor, en el Campo de la Verdad. Luego vinieron en cascada, y si nuestros datos no están equivocados la primera fue el cambio de nombre de la plaza del Corazón de María al de Cristo de Gracia²³, en el primer mandato de Rosa Aguilar. Luego se acumularon, y lo llamativo es que algunas de estas calles no sólo están lejísimos de su epónimo, sino que ni siquiera tienen aún edificios construidos, como la de Nuestro Padre Jesús de la Humildad y Paciencia, en el Poniente Sur, donde aún habrá que esperar para que haya direcciones postales efectivas. Una cierta justificación podría tener la avenida de Nuestro Padre Jesús Caído, titular de la Hermandad *de los Toreros*, en una ubicación relativamen-

²¹ Manuel Fernández-Conde y García del Rebollar (1909-1970, obispo de Córdoba entre 1959 y su fallecimiento) sí da nombre a una plaza en Puebla de la Calzada (Badajoz), donde pasó su infancia.

²² Algunos de los citados fueron creados cardenales con posterioridad a su episcopado cordobés.

²³ No está de más recordar que el entonces concejal de Tráfico, Juan Pablo Serrano (PSOE), había sido muchos años presidente de la Federación de Peñas, entidad que tiene como patrón... al Cristo de Gracia. No parece que esta circunstancia fuera casual en el nombramiento.

te cercana a la Plaza de Toros²⁴. No vamos a enumerar todos los titulares de cofradías que figuran en el callejero, porque se haría muy larga la relación, que además no para de crecer. Para fijar nuestra visión, baste con decir que los primeros cuatro casos citados (Virgen de los Dolores, Virgen de las Angustias, Jesús Rescatado y Pasaje Cristo del Amor) no *necesitaron* una petición formal de sus respectivas cofradías para entrar en el repertorio.

Conclusión, agradecimiento y sugerencia

Es hora ya de cerrar este capítulo. Y para ello, nada mejor que un comentario muy personal sobre la “Plaza de las Tres Culturas”. ¿Tres culturas? Sí, ya sabemos, la musulmana, la judía y la cristiana, que marcaron la vida en Córdoba desde la Alta Edad Media. ¿Y la romana, que es la base real de nuestra historia? ¿Se ha olvidado alguien de que Córdoba no empieza a existir en el 711, sino diez siglos antes? ¿O se ha considerado, de forma no del todo errónea, desde luego, que la cultura romana es la misma que, en un proceso continuo, se integró en la visigoda y que, enriquecida con Castilla y León, que tiene la misma *sangre* histórica, es la que llegó en 1236? No vamos a responder, sino a dejar en el aire los interrogantes. Siempre nos han gustado más las preguntas que las respuestas.

No queremos cerrar estas palabras sin un agradecimiento y dos sugerencias. El agradecimiento es, por un lado, al trabajo generoso de Francisco Solano Márquez, que nos facilitó la relación completa, detallada y clasificada de nombres del callejero que han servido de base a las precedentes reflexiones; por otro, a la Fundación Pro Real Academia de Córdoba, por haber confiado en este modesto profesor de Instituto para estas jornadas.

Las sugerencias se dirigen al inefable Quien Corresponda, que en este caso es el Ayuntamiento de Córdoba. La primera es que, de una vez por todas, se unifiquen los criterios de transcripción de los nombres árabes de nuestro callejero: el nombre de Medina Azahara aparece escrito hasta de cuatro formas diferentes en rótulos e indicadores.

²⁴ Durante un tiempo, el Camino Viejo de Almodóvar, que rodea el Coso de los Califas, llevó el nombre de Jesús Caído, pero se le retiró ante la presión de una asociación de vecinos.

La segunda se basa en la constatación de que, lamentablemente, muchísimos nombres de nuestro callejero corresponden, seamos sinceros, a personas o lugares del todo desconocidas para el común de la ciudadanía: por ejemplo, dudamos mucho de que sólo un diez por ciento de los cordobeses sepan quiénes fueron Blanco Belmonte o Agustín Moreno. La sugerencia consiste en que, en lo sucesivo, cada vez que se estampe una placa con un nombre, se añada a éste la condición de la persona que lo ostentó y las fechas de su nacimiento y muerte; es algo que hemos visto en otras ciudades y que sería una forma discreta de aumentar el nivel cultural de los ciudadanos. Así, “Blanco Belmonte – POETA – 1871-1936”, “Cairuán – CIUDAD DE TÚNEZ” o “Agustín Moreno – SACERDOTE – 1810-1883”.

Entre los días 1 y 8 de junio de 2021 y con el patrocinio de la Caja Rural del Sur, la Fundación Pro Real Academia de Córdoba desarrolló la actividad **El callejero de Córdoba, reflejo de nuestra Historia**, que en un primer ciclo abordó unas **Miradas transversales sobre su toponimia**, serie de diez conferencias que ahora se compilan en el presente volumen de la colección *Teodomiro Ramírez de Arellano*. Desde una perspectiva multidisciplinar se pretende abordar en ellas el origen y significado de los innumerables personajes, hechos históricos y circunstancias que han ido inspirando a lo largo de los siglos, a partir de la conquista cristiana (1236), los nombres de las calles y plazas del casco urbano de Córdoba, que hoy se aproximan a los dos mil y reflejan la manera de ver la evolución de la ciudad a través de la sociedad que las ha bautizado, convirtiéndolas así en páginas de un libro de Historia.

